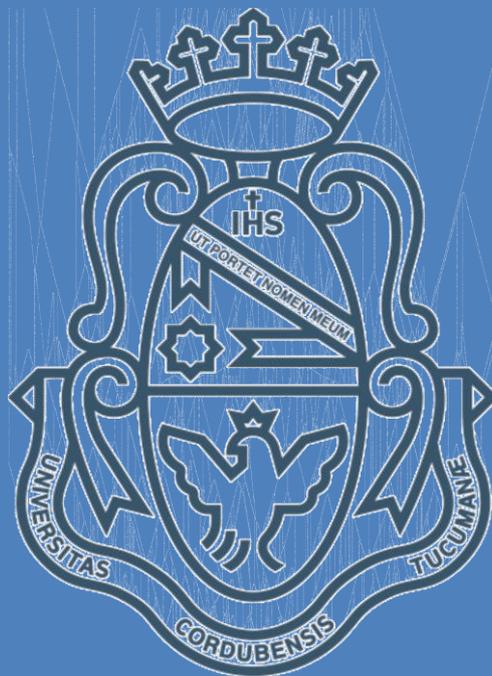


EPISTEMOLOGÍA E HISTORIA DE LA CIENCIA

SELECCIÓN DE TRABAJOS DE LAS XX JORNADAS
VOLUMEN 16 (2010)

Pío García
Alba Massolo

Editores



ÁREA LOGICO-EPISTEMOLÓGICA DE LA ESCUELA DE FILOSOFÍA
CENTRO DE INVESTIGACIONES DE LA FACULTAD DE FILOSOFÍA Y HUMANIDADES
UNIVERSIDAD NACIONAL DE CÓRDOBA



Esta obra está bajo una Licencia Creative Commons atribución NoComercial-SinDerivadas 2.5 Argentina



El historiador-científico y/o el historiador-escritor: límites y transgresiones de la tarea cognitivo-literaria de escribir la historia

*María Inés La Greca**

La pregunta acerca del estatus epistémico de la narración histórica ha sido formulada de manera tal que el espectro de respuestas posibles se reduce al delimitado por una alternativa excluyente: o bien la narración histórica es valorada positivamente como un discurso “científico”, o bien es menospreciada como una rama de la literatura. En este contexto, pensar en apelar a la teoría literaria como recurso relevante para elaborar una teoría de la historia genera desconfianza, dado que se asume que tal asociación no puede sino redundar en una mirada debilitadora de la tarea del historiador.

Hayden White representa un caso paradigmático en la filosofía de la historia contemporánea de tales propuestas de “informar literariamente” la teoría histórica.¹ Y, efectivamente, su posición ha sido señalada como destructiva de toda pretensión de validez de la historiografía. Esto se debe a que White sostiene que entre historia y literatura no puede trazarse una distinción dicotómica, en la medida en que – como la teoría literaria nos enseña – ambas comparten el empleo del modo de discurso narrativo.

Ahora bien, una teoría que relaciona la narración histórica con la literatura narrativa sólo puede ser considerada debilitante de la historiografía académica en la medida en que se aceptó un modo particular de evaluación del estatus de la disciplina que prejuzga su cercanía con “lo científico” como positiva y como negativa su vinculación con “lo literario”. La pregunta que es conveniente formular es la siguiente: ¿está White aceptando los presupuestos de este modo de formular la pregunta por el estatus epistémico de la disciplina, o está intentando mostrar la necesidad de reformularla?

En nuestra opinión, el modo de apropiación de White de la crítica a la distinción tajante entre historia y literatura no sólo no invalida el estatus de la historiografía sino que puede ser utilizada como clave heurística de la dinámica epistémica de la disciplina. Un claro indicio de su voluntad de defender el valor de la narración histórica puede encontrarse en el distanciamiento explícito de White frente a posiciones de “hostilidad hacia la historia narrativa”² como la manifestada por Roland Barthes, en su célebre artículo “El discurso de la historia”.³ Motivados por sus propias declaraciones, a continuación reconstruiremos algunos de los aspectos más relevantes del artículo de Barthes para mostrar que, si bien Hayden White se apropia de la crítica a la distinción historia-

* UBA-UNTREF-CONICET

literatura, su interés es “crítico” en el sentido positivo de indagar la compleja forma en que el discurso histórico nos permite dar cuenta del pasado.

I.

Efectivamente, Roland Barthes en “El discurso de la historia” formula una pregunta hostil a la historia:

(...) la narración de acontecimientos pasados, que en nuestra cultura, desde los Griegos, está sometida generalmente a la sanción de la «ciencia» histórica, situada bajo la imperiosa garantía de la «realidad», justificada por principios de exposición «racional», esa narración, ¿difiere realmente, por algún rasgo específico, por alguna indudable pertinencia, de la narración imaginaria, tal como la podemos encontrar en la epopeya, la novela, el drama?⁴

Como parte de la respuesta que el mismo Barthes ofrece, se dictaminará que:

1. La pretensión de objetividad del historiador es el producto de una ilusión referencial
2. Los hechos históricos no tienen más que una existencia lingüística
3. El discurso histórico produce un “efecto de realidad”

Barthes aplica el análisis estructural al discurso de algunos historiadores clásicos, discriminando los planos de 1) la enunciación, 2) el enunciado y 3) la significación.

Respecto de la enunciación, Barthes identifica la presencia de *shifters*⁵ de escucha, de organización del discurso y de emisor y receptor. Los *shifters* representan marcas presentes en el discurso del acto por el cual se lo profiere. Aquí Barthes encuentra que el discurso histórico se subsume a los casos en que el enunciante pretende “ausentarse”, ofreciendo un discurso que carece sistemáticamente de todo signo que remita al emisor del mensaje histórico. Esto tiene un efecto: “la historia parece estar contándose sola”. He aquí, nos dice Barthes, la pretensión de “objetividad” del historiador, donde el enunciante anula su persona “pasional” pero la susutuye por otra, la persona “objetiva”. Esta objetividad como “carencia de signos del enunciante”, a nivel del discurso aparece “como una forma particular del imaginario, como el producto de lo que podríamos llamar la ilusión referencial, ya que con ella el historiador pretende dejar que el referente hable por sí solo.”⁶ Para Barthes, esto no es un rasgo específico de la historia, porque la ilusión referencial puede identificarse en novelistas realistas. Barthes entiende por “discurso realista” – categoría que abarca tanto a la historia como a discursos literarios - todo discurso que acepte enunciaciones acreditadas tan sólo por su referente.⁷

En el plano del enunciado, Barthes se pregunta por las unidades de contenido del enunciado histórico y encuentra que son las mismas que pueden hallarse en el discurso de ficción: índices,

funciones, entimemas, etc. Sin embargo, lo que le interesa destacar es la peculiaridad del estatus asertivo, constatativo de manera uniforme, de los procesos históricos. El hecho histórico *“está lingüísticamente ligado a un privilegio de ser: se cuenta lo que ha sido, no lo que no ha sido o lo que ha sido dudoso”*. Rasgo curioso, para Barthes, porque acerca el discurso histórico al discurso esquizofrénico:

() tanto en un caso como en otro, hay una censura radical de la enunciación, () reflujo masivo del discurso hacia el enunciado e, incluso (en el caso del historiador), hacia el referente: no queda nadie que asuma el enunciado.⁸

Finalmente, Barthes indaga el aspecto de significación. Aquí se encuentra con lo que ha sido un aporte fundamental para la teoría histórica: la identificación de la producción de significado del discurso histórico al adoptar una estructura narrativa. Es importante señalar que, con algunas diferencias, el valor epistémico de la narrativa histórica ha sido señalado tanto por los filósofos anglosajones de la historia, Arthur Danto y Louis Mink – en su intervención en el debate sobre la aplicación del modelo nomológico-deductivo a la historia – así como en los debates más recientes, por Hayden White, Frank Ankersmit, David Carr y Paul Ricoeur, entre otros.⁹ Que la estructura narrativa del discurso histórico es un elemento epistémico central es en la actualidad una tesis que, más allá de seguir generando controversia respecto de sus consecuencias, ha sido aceptada. El texto de Barthes se dirige exactamente a este punto.

En primer lugar, nos señala que un discurso que presuponga que la Historia¹⁰ no tiene significado debería limitarse a ser “una pura serie de anotaciones sin estructura”, como es el caso de las cronologías y los anales. Ahora bien, en el discurso histórico “académico”, *“los hechos relatados funcionan irresistiblemente como índices o como núcleos cuya misma secuencia tiene un valor indicial.”*¹¹ Barthes agrega que incluso si los hechos fueran presentados de una manera anárquica, significarían al menos la anarquía, remitiendo a una idea negativa de la historia humana.

Aquí es interesante señalar que filósofos de la historia como Danto y Mink (y White) también sostienen en la oposición entre narrativa y mera crónica sus argumentos sobre el valor epistémico de la narratividad en la historiografía. Algo no es “historia” si no es un relato narrativamente estructurado y, por ello, completo y coherente. Mink llegará incluso a identificar la estructuración narrativa de acontecimientos como un modo de comprensión “configuracional” propio de la historia y la ficción.

Barthes, continúa diciendo que

En el discurso histórico de nuestra civilización, el proceso de significación intenta siempre «llenar» de sentido la Historia: el historiador recopila menos hechos que significantes y los relaciona, es decir, los organiza con el fin de establecer un sentido positivo y llenar el vacío de la pura serie.¹²

Por esta razón, Barthes sanciona que el discurso histórico – “*por su propia estructura y sin tener necesidad de invocar la sustancia del contenido*” – es una elaboración ideológica, en el sentido de imaginaria. Dos son los elementos con que Barthes sostiene que esta elaboración es imaginaria: a) la definición tautológica de “hecho” y b) el efecto de realidad.

En primer lugar, Barthes cree que desde su perspectiva se entiende la desconfianza que la noción de hecho ha suscitado en filósofos como Nietzsche, dado que su definición sólo puede ser tautológica: “*lo anotado procede de lo observable pero lo observable no es más que lo que es digno de ser anotado*”. Cito:

Se llega así a esa paradoja que regula toda la pertinencia del discurso histórico (en comparación con otros tipos de discurso). el hecho no tiene nunca una existencia que no sea lingüística (como término de un discurso), y, no obstante, todo sucede como si esa existencia no fuera más que la «copia» pura y simple de otra existencia, situada en un campo extraestructural, la «realidad». Este discurso es, sin duda, el único en que el referente se ve como exterior al discurso, sin que jamás, sin embargo, sea posible acercarse a él fuera de ese discurso.¹³

Esta paradoja permite pensar la dinámica del discurso histórico como una doble operación (cuyos momentos sólo son distinguibles analíticamente). Primero, el referente es separado del discurso y convertido en algo exterior, fundador y regulador. es la *res gestae*, y el discurso se ofrece como simple *historia rerum gestarum*, pero en un segundo momento, lo rechazado es el significado, que se confunde con el referente. Así, el referente entra en relación directa con el significante, “*y el discurso, encargado simplemente de expresar la realidad, cree estar economizando el término fundamental de las estructuras imaginarias, el significado.*”¹⁴ Nuevamente, la historia no hace otra cosa que comportarse como un discurso realista, pretendiendo funcionar con un esquema semántico de dos términos, referente y significante.

Barthes sintetiza el análisis diciendo que en la historia “objetiva”, la “realidad” no es nunca otra cosa que un significado informulado que se esconde detrás del referente. Este mecanismo del discurso histórico es denominado por Barthes “efecto de realidad” y su definición merece una cita en extenso:

La eliminación del significado, fuera del discurso «objetivo», permitiendo que, aparentemente, se enfrente la «realidad» con su expresión, nunca deja de producir un nuevo sentido, tan cierto es, una vez más, que en un sistema, toda carencia de elementos es en sí misma significante. Este nuevo sentido – extensivo a todo discurso histórico y que define, finalmente, su pertinencia – es la propia realidad, transformada subrepticamente en significado vergonzante: el discurso histórico no concuerda con la realidad, lo único

que hace es significarla, no dejando de repetir *esto sucedió*, sin que esta aseveración llegue a ser jamás nada más que la cara del significado de toda la narración histórica.¹⁵

En “El efecto de realidad” Barthes sigue explicando este mecanismo: el discurso histórico intenta eliminar de la enunciación el significado – porque, como vimos, pretende denotar directamente lo real, que el referente “hable por sí mismo” – pero en el mismo momento en que se pretende denotar directamente lo real no se hace otra cosa sino significarlo: lo que se está significando es la categoría de “lo real” (y no sus contenidos contingentes). Barthes dice que “*la misma carencia de significado en provecho del simple referente se convierte en el significante mismo del realismo: se produce un efecto de realidad*”¹⁶, que no es sino una verosimilitud realista, producto de “*la intención de alterar la naturaleza tripartita del signo para hacer de la anotación el mero encuentro entre un objeto y su expresión*.”¹⁷

Es claro que el tono del texto de Barthes es de denuncia y desmitificación. Su interés fundamental es relativizar la pretendida “autoridad científica objetiva” que las narraciones históricas pretenden para sí mismas y ataca esa pretensión mediante la demostración de las estrategias literario-lingüísticas efectivamente empleadas en la narración histórica, estrategias idénticas a las empleadas en la narrativa de ficción.

II

Podría decirse que, en el ámbito específico de la teoría histórica, Hayden White es el *alter ego* de Roland Barthes. Ya desde sus publicaciones anteriores, pero definitivamente a partir de *Metahistoria*, White introduce una línea argumental muy similar: el discurso histórico, una vez que lo analizamos estructuralmente en los textos efectivamente producidos por los historiadores para dar cuenta del pasado, emplea los mismos mecanismos figurativo-lingüísticos empleados en el discurso literario.¹⁸ Más aún, como las representaciones realistas literarias, la historia puede ofrecer diferentes representaciones realistas de sus objetos de estudio. Ahora bien, podríamos pensar que lo que diferencia a White de Barthes es el tono: para White el desvelamiento de las estrategias figurativas por medio de las cuales el historiador “crea una imagen verbal” de sus supuestos referentes no alimenta una argumentación destructiva de la historiografía, sino una reconsideración crítica del modo en que nos permite comprender el pasado. Tomando el vocabulario de Barthes, podríamos decir que White asume que el discurso histórico produce un “efecto de realidad” y argumenta que allí reside la productividad epistémica de la disciplina. He aquí nuestra interpretación.

Si recordamos que White explica el “realismo” del discurso histórico a partir de la prefiguración topológica del campo histórico supuesta por las explicaciones que el historiógrafo ofrece, podemos entender que para él reconocer esta dinámica generadora de “realismo” es identificar el valor

epistémico de la historiografía. De la historia pretendemos imágenes verbales de la realidad pasada por medio de las cuales comprender los acontecimientos.

Dijimos que se trataba de una reconsideración crítica de la disciplina. El aspecto crítico lo encontramos en la tesis de White de que la adecuación o validez de esa imagen de la realidad pasada no es una adecuación fáctica. White argumenta que ninguna contrastación posible de los enunciados individuales del discurso histórico con el “registro histórico” puede decidir si la prefiguración tropológica del campo histórico es verdadera o falsa. Esta contrastación no es posible porque la prefiguración está dada por el modo tropológico predominante de uso del lenguaje en la descripción del campo histórico. En palabras de Barthes, la prefiguración es el significado que el discurso como significante necesariamente otorga a su supuesto referente. Pero lo que en Barthes es una operación ideológica — porque interpreta que el historiador “esconde” la dotación de significado que de hecho realiza — en White es una operación epistémica necesaria. Esta operación es la que permite construir una imagen coherente y consistente para dar cuenta de acontecimientos y procesos pasado atestiguados en un registro histórico siempre disperso, heterogéneo e incompleto. Este necesario “efecto de realidad” es en realidad un constructo hipotético mediante el cual dotar de sentido al registro y poder dar criterios de qué se ha considerado como un “hecho” histórico.¹⁹ Aunque la imagen verbal no puede ser invalidada, la confrontación de las afirmaciones del historiador y el registro histórico se hace posible a partir del marco interpretativo que la prefiguración posibilita y en relación con ella.

Podemos citar “The Burden of History” como un texto en el que White retoma exactamente este punto y sanciona el sinsentido de preguntar si la historia es ciencia o arte.²⁰ Seguir haciendo esta pregunta es para White una indicación de las visiones anticuadas que se tiene de la ciencia y del arte, dado que a lo largo del siglo XX los filósofos de la ciencia y del arte han investigado las similitudes entre sus disciplinas. En atención a estas investigaciones, White sugiere que abandonemos la dicotomía entre lo literalmente verdadero y lo puramente imaginario, e intentemos, en cambio, juzgar una explicación “en términos de la riqueza de las metáforas que gobiernan su secuencia de articulación.”²¹

Podemos interpretar que para White el “efecto de realidad” de Barthes es el realismo producido por el discurso histórico a partir del tropo dominante en su estructura lingüística. Esto nos permite entender que

(...) la metáfora que gobierna un relato histórico puede ser tratada como una regla heurística que autoconscientemente elimina ciertos tipos de datos de la consideración como evidencia. El historiador que opera bajo tal concepción puede ser así considerado como quien, como el artista o científico modernos, explota una cierta perspectiva sobre el mundo que no pretende ser una descripción o análisis exhaustivo de todo los datos en

el campo fenoménico completo sino que se ofrece a sí misma más bien como una manera entre otras de revelar distintos aspectos del campo.²²

La perspectiva de White nos permite incluso reasumir también críticamente la “mera existencia lingüística de los hechos” que nos presentaba Barthes. El historiador intentaría resolver el problema de “qué constituye los hechos” al optar por una metáfora por medio de la cual ordenar el campo histórico. La prefiguración funciona como criterio de selección e inclusión de lo que, de acuerdo con ella, es un “hecho” en la narración realizada. Es más, para White deberíamos exigirle al historiador que muestre tacto en el uso de sus metáforas gobernantes (que no las recargue con datos, que no exceda sus propios límites), que respete la lógica implícita en el modo de discurso que ha elegido y, eventualmente, que abandone la metáfora elegida cuando la misma se muestra incapaz de acomodarse a ciertos datos, y busque otra más productiva e inclusiva, de la misma manera, *“que los científicos abandonan una hipótesis cuando su utilidad fue agotada.”*²³

III

Si se acepta la interpretación que ofrecemos, podemos afirmar que el reconocimiento de la producción de “efectos de realidad” en el discurso histórico ha perdido su carácter amenazante como rasgo negativo de la narrativa histórica. A su vez, esto nos permite pensar que la apropiación de conceptos y análisis de la teoría literaria, lejos de implicar un debilitamiento del estatus epistémico de la disciplina, puede efectivamente iluminar y complementar una teoría del discurso histórico.

Ahora bien, ese cambio en la valoración de la relación entre historia y literatura corresponde a un cambio más profundo y metateórico, producto del explícito abandono por parte de White de una concepción literalista ingenua del lenguaje – que es aquella que Barthes denunciaba como intento de suprimir o esconder la producción de significado – por una concepción diferente. White la denomina “tropológica”, en la medida en que el reconocimiento de la producción de significado es para él la identificación del funcionamiento tropológico del lenguaje. Nosotros proponemos pensarla en términos más generales – para evitar un compromiso directo con la topología en su versión whiteana – como un instrumentalismo crítico respecto del uso del lenguaje.

Desde esa perspectiva, seguimos considerando el lenguaje como la herramienta – de allí, instrumentalismo – mediante la cual producimos discurso con miras a la comunicación y comprensión; pero asumimos nuestro carácter de “usuarios” críticamente, en la medida en que los mecanismos de producción de sentido del código lingüístico nos exceden tanto porque los hemos heredado y no creado, como porque el resultado de nuestro uso no puede ser identificado con nuestra sola intencionalidad. Este límite crítico, de ser incorporado a una teoría histórica,

nos evita las ilusiones referenciales a la vez que nos abre a la riqueza de los mecanismos de producción de sentido - mediante los que intentamos dar cuenta de los acontecimientos pasados - como nuevas herramientas a descubrir y explorar.

Notas

- 1 Debemos esta inteligente propuesta de denominación de la teoría de White a Verónica Tozzi. Véase Tozzi, Verónica, *La historia según la nueva filosofía de la historia*, Prometeo Libros, Buenos Aires, 2009, p. 106.
- 2 White, Hayden, "The Question of Narrative in Contemporary Historical Theory", en *The Content of the Form. Narrative Discourse and Historical Representation*, The John Hopkins University Press, Baltimore, 1987, p. 35. Sobre la relación entre la obra de Roland Barthes y Hayden White, véase Stephen Bann, "History: Myth and Narrative. A Coda for Roland Barthes and Hayden White", en Ankersmit, Frank, Domanska, Ewa y Kellner, Hans (eds.), *Re-figuring Hayden White*, Standford University Press, Standford, 2009
- 3 Barthes, R., "El discurso de la historia", en *El susurro del lenguaje. Más allá de la palabra y la escritura*. Paidós, Barcelona, Buenos Aires, México, 1987, pp. 163-177. Aunque nos centraremos en nuestra exposición en el artículo citado, recurriremos también a otro artículo de la misma compilación, "El efecto de realidad", dado que son teóricamente complementarios. De hecho, ambos artículos constituyen (junto a un anexo) la sección "De la Historia a la Realidad" de *El susurro del lenguaje*.
- 4 Barthes, R., *op. cit.*, pp. 163-164.
- 5 *Shifter*: término técnico de la lingüística y la teoría literaria, perteneciente a las investigaciones de Roman Jakobson, que refiere a "aquellas clases gramaticales que implican en su significado general una referencia a aquel mensaje en el que aparecen" Cf. Jakobson, R., "Sobre las perturbaciones afásicas desde el punto de vista lingüístico", en *El marco del lenguaje*, México, Fondo de Cultura Económica, 1988, p. 102. Jakobson desarrolla su teoría de los *shifters* en *Ensayos de lingüística general*, Seix Barral, Barcelona, 1974.
- 6 Barthes, R., *op. cit.*, p. 168.
- 7 Tomamos la definición de "discurso realista" que Barthes propone en "El efecto de realidad", *op. cit.*, p. 186.
- 8 Barthes, R., *op. cit.*, p. 171
- 9 Véase White, H., "The Question of Narrative in Contemporary Historical Theory", en White, H. *op. cit.*
- 10 La mayúscula corresponde a Barthes.
- 11 Barthes, R., *op. cit.*, p. 173
- 12 Barthes, R., *op. cit.*, p. 174.
- 13 Ídem nota anterior.
- 14 Barthes, R., *op. cit.*, p. 175.
- 15 Barthes, R., *op. cit.*, pp. 175-176.
- 16 Barthes, R., *op. cit.*, pp. 186.
- 17 Barthes, R., *op. cit.*, p. 187
- 18 White, Hayden, *Metahistoria, La imaginación histórica en la Europa del Siglo XIX*, Fondo de Cultura Económica, México, 1992. Stephen Bann señala que White no cita "El discurso de la historia" en *Metahistoria*, aunque cita otro texto de Barthes. No puede asegurarse que White hubiera leído ese artículo antes de publicar su obra más famosa.
- 19 He desarrollado el análisis de la idea whiteana de campo histórico como "constructo hipotético" en La Greca, María Inés, "El concepto de campo histórico como construcción lingüístico-ficcional-hipotética en Hayden White",

en Letzen, Diego y Lodeyro, Penélope (eds.), *Epistemología e Historia de la Ciencia. Selección de Trabajos de las XIX Jornadas*, Vol. 15, 2009, pp. 280-287.

20 White, Hayden, "The Burden of History" en *Tropics of discourse. Essays in Cultural Criticism*, John Hopkins University Press, Baltimore, 1982, pp. 27-50.

21 White, Hayden, *op. cit.*, p. 46. Las traducciones de este artículo son nuestras.

22 White, Hayden, *op. cit.*, p. 46.

23 White, Hayden, *op. cit.*, p. 47